

“UN DÍA DESPUÉS DE LA GUERRA” TRINCHERAS DE LA RESISTENCIA DESDE LAS NARRATIVAS DE MUJERES COMBATIENTES Y MILITANTES DE LAS FARC. *¹

Laura Marcela Henao Alfonso **²

RESÚMEN

El presente ejercicio de investigación pretende contar las experiencias de mujeres combatientes y militantes de las FARC- EP -“*Farianas*”- desde la lucha armada y después del silenciamiento de los fúsiles. Las narrativas -en tanto recurso metodológico- que emanan bajo la promesa del pos acuerdo, susurran las memorias de la muerte y las heridas del combate, pero también enuncian diversas prácticas de resistencia, aquellas que hoy, “un día después de la guerra”, se convierten en trincheras “otras”, a través de las cuales las *Farianas* comparecen ante el mundo, desde el lugar de lo político, lo erótico y lo poético.

Militarización de la vida: Memorias de una guerra no contada.

(...) simplemente la gente se alza en armas porque no tiene otra alternativa, porque si se opone por vía legal al sistema, es asesinado (...) la gran mayoría de guerrilleros, llegan a las filas es por eso, porque no hay otra alternativa, o es que yo nací y resulta que nací y traigo genes de guerra? (Castro, 2014)

La ironía con la que Yira acompaña su cuestionamiento, evoca la reflexión acerca de la condición teleológica de aquellos seres expuestos a la guerra en Colombia, esos que aún hoy, en la promesa de un pos acuerdo difuso, continúan siendo comprendidos como simples objetos bélicos o como víctimas sin empoderamiento alguno. Las complejas tensiones políticas y sociales de un Estado guerrillero, han intentado eliminar de sus paisajes, esas posibilidades otras de existir; esforzándose en reducir lo humano a un cuerpo guerrero o a un ente despojado de su capacidad de construcción de poder.

Desde el despojo moralista y lejos de la idea de justicia arcaica, violenta e inhumana, es posible deconstruir los rasgos de culpa, condena o victimización que se han signado sobre

* Este artículo es una síntesis de la investigación denominada “Un día después de la guerra. Trincheras de la resistencia desde las narrativas de mujeres combatientes y militantes de las FARC”. Realizada entre Junio de 2017 y Julio de 2018, presentada por el autor para optar al título de Magíster en Educación y Desarrollo Humano, CINDE - Universidad de Manizales, 2018

** Licenciada en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante de Maestría en Educación y Desarrollo Humano de CINDE - Universidad de Manizales. Correo electrónico: lalis_1006@hotmail.com

los sujetos y grupos que hicieron parte del conflicto armado en Colombia. Así, se permite un acercamiento a seres humanos empujados a la guerra, pero también una aproximación a decisiones de vida legítimas y conscientes, de configuraciones identitarias libres; y sin embargo, todas leídas como posibilidades que también devienen de las condiciones históricas del país, ligadas a la hegemonía en el poder político, a los intereses de la clase dominante, a la estigmatización del pensamiento crítico, a la ausencia de garantías para la participación política, a la condena del discurso divergente y a la obliteración de horizontes de posibilidades.

Cuando yo ingreso, el país estaba en un momento muy difícil, porque estaba en la presidencia Álvaro Uribe, entonces habían unas medidas de represión impresionantes, había mucha persecución a los líderes, asesinatos, desapariciones; es una época del auge muy fuerte del paramilitarismo y para nosotros que estábamos en la clandestinidad se empezó a tornar muy peligroso, nos exponíamos muchísimo, así que no había otra opción (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

La militarización de la vida, de la condición juvenil, no se agotaría entonces, en hacer de un servicio militar algo obligatorio, de inducir y cooptar el deseo para un vida bélica amparada en el marco de la legalidad, pasaría también, por empujar a la insurrección como única alternativa política, por forzar a empuñar un fusil como medio para defender la vida, por convertir la clandestinidad de la selva en la forma más segura de resistir, de sobrevivir, en fin, por exponer a la guerra a campesinos, estudiantes, líderes sociales, movidos por la justicia social, aún la más profunda causa revolucionaria.

Con Manual, Jacobo y Alfonso de fondo, en los viejos recuadros que ambientan el lugar en el que por ahora “no es delito hablar” de lo que hablamos, y se puede tejer el recuerdo sin el miedo a una muerte anunciada, van resonando las palabras de Victoria Sandino, ella, tiene la memoria Fariana auestas, su relato rememora la historia no solo de los grupos insurgentes “ilegales” en Colombia, sino también las memorias de los movimientos sindicales, obreros, campesinos, estudiantiles; recuerdos de persecución, opresión, muerte y destierro, para todos aquellos que en defensa de la vida, se han atrevido a pensar distinto, a nadar en contracorriente, para apostarle a la transformación de la estructura económica y social del país.

Se presenta la muerte de todos estos líderes, como Pardo Leal, como Bernardo Jaramillo, como José Antequera con quién había militado, y todo eso ocurre y viene como un dilema: ¿Qué va a pasar, sigo yo? ¿Quién sigue? un poquito como estamos ahorita, en esta encrucijada de quién de nosotros sigue, en esta demencia del fiscal por tenernos tras las rejas bajo cualquier pretexto o bajo cualquier montaje por ejemplo, entonces es en ese

análisis que yo digo: yo me voy y tomé la decisión de irme. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

Sus palabras evocan los recuerdos de aquel nefasto y sangriento “Baile Rojo”, un nombre pintoresco con el que se dio forma a un macabro plan que exterminaría a la Unión Patriótica, en la década de los 80. Luego de los acuerdos de “La Uribe” en 1984, el gobierno estatal se compromete a ofrecer condiciones y garantías para que las FARC sirvieran de plataforma para impulsar el surgimiento de un nuevo movimiento político. Las propuestas de la U.P fueron abrazadas por muchos sectores populares, pero esto, sumado al crecimiento de simpatizantes con el partido Comunista, desencadenó la arremetida contra todos los integrantes, seguidores y familiares del grupo, y así, los ganaderos, los terratenientes y los empresarios bananeros, en complicidad con los partidos tradicionales oficiales, orquestarían un Genocidio sin precedentes en nuestro país. (Beltrán, 2015)

Con los barrotes como telón, Miguel Ángel Beltrán, Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, preso político, condenado por rebelión tras sus supuestos vínculos con las FARC, escribe también sobre este paisaje del horror, para que no se nos olvide nunca, para que el dolor no se esfume con el tiempo y con la promesa eterna de paz, para que hoy, no se repita la barbarie:

El pueblo colombiano y el mundo entero conoce cuál fue la respuesta que la ultraderecha le dio a esos acuerdos, que no fue otra cosa que el aniquilamiento del movimiento político no de las FARC sino de los sectores progresistas y demócratas que apostaban por un cambio en las costumbres políticas de este país. Las cifras oficiales hablan de más de 4 mil muertos, pero las organizaciones de Derechos Humanos señalan que fue un número mayor. (Beltrán, 2015, p. 330)

Los relatos de Victoria, son la radiografía de una muerte selectiva de los jóvenes, que aún hoy, bajo la promesa de la paz, no cesa; también del desarraigo y el destierro del lugar en el que se habita. Su experiencia de dolor, es la que habla para contar como en los inicios de su militancia, en su pueblo alcanzaron a ser más de 400 jóvenes organizados, muchos de los cuales aparecerían muertos, otros se tendrían que dispersar hacia la zona rural o irse “pal monte”. Ella, por su parte, como dirigente estaba enfrentándose a persecuciones y seguimientos constantes, así que al igual que sus camaradas, tuvo que salir del Departamento de Córdoba.

Los recuerdos de Victoria Sandino y los escritos del profesor Miguel Ángel, se entrelazan con los versos de Carlos Lugo, un ejercicio de memoria que se hace canción para rendir homenaje a la U.P, melodías que resuenan fuerte para que el pueblo sepa de aquel

Genocidio, y para que hoy, con la muerte de más de 100 líderes y lideresas sociales, se sepa que éste, tal vez no ha cesado.

Hubo una vez un país sin alma
del que partió una noche la calma
y de las fosas salían los gritos como un clamor.
Hubo un tiempo de campesinos, de estudiantes y de asesinos,
de pobres madres amamantando entre su temor.
Hubo una vez un país en guerra, de gente enorme entre la selva,
pero es que tú ya no lo recuerdas no te tocó.

El horror que se vuelve paisaje: afectaciones en la condición de mujer Fariana.

Lejos de caer en una victimización de las Farianas, se hace imposible dejar de contar las muchas maneras en que la guerra insistió en no pasar silenciosa por la vida de estas mujeres. No solo los combates fueron dejando huella en sus corporeidades femeninas; las persecuciones, torturas y encarcelamientos, fueron también marcando sus historias y haciendo quiebre en sus memorias.

Por el solo hecho de eso, de no ser traidora, lo amedrantan a uno, te queman las manos, te meten la bolsita en la cara, en la cabeza, te ahogan con agua, te ultrajan, te someten a veces dos, tres días sin ver la luz, en cuartos muy fríos, en no saber si quiera que hora es, en no permitirte siquiera tener un libro. (Cienfuegos, 2014)

Camila, ahora habla desde la Habana, a sus palabras que se hacen cada vez más nostálgicas, las acompaña la frescura común de los ambientes caribeños; sus enunciados cargados de fuerza guerrillera son custodiados por esos aires de revolución aún circundantes en la isla, aquella que se detuvo en el tiempo, la de Fidel y Raúl, la del Ché, la de Martí, la misma que vio nacer a mujeres como Celia Sánchez, Vilma Espín, Mariana Grajales y muchas más, esa misma que se convirtió en testigo de una coyuntura histórica, de un pliegue lleno de tensiones y de esperanzas para nuestro país, esa que escucho las voces de mujeres Farianas, gritos de cuerpos silenciados por el ruido del combate, enmudecidos por el estruendo de la guerra.

A la manera de la Antigua Grecia, el cuerpo de los jóvenes se perpetuo en el tiempo como un punto central de las preocupaciones, esta vez ya no de la Ciudad sino de las cruzadas del horror entre montañas y llanos colombianos. La belleza, la virtud y la perfección, como cualidades que se perseguían con el trabajo sobre el cuerpo en la Polis clásica (Schnapp, 1996) en tanto forma de ejercer poder sobre la vida, habrían sido abandonadas por otro tipo de control: por marcas de tortura, por heridas de combate, por mutilaciones,

pero sobre todo, por vestigios de abuso en la corporeidad femenina, convertida ahora en botín de guerra; otras formas visibles de la afectación y manipulación de la vida, de la imposición del poder y la demostración de la fuerza.

Un cuerpo, para la época clásica se asumía como un elemento dócil, susceptible de ser transformado y sometido:

Ha habido, en el curso de la edad clásica, todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder. Podrían encontrarse fácilmente signos de esta gran atención dedicada entonces al cuerpo, al cuerpo que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican”. (Foucault, 2002, p.125)

En los cuerpos Guerreros colombianos, en las corporeidades de mujeres combatientes Farianas, se dibujan otros matices, otros son los modos de configuración alrededor del cuerpo en tanto blanco del poder y del saber, sus lógicas y sus efectos se hacen visibles devolviendo al enemigo una corporeidad rasgada, herida, abusada, dejando en el cuerpo femenino el vestigio de la guerra. Esas marcas aberrantes se empiezan a leer como otras secuelas de la militarización de la vida juvenil, de la vida de las mujeres.

Camila Cienfuegos, nos introduce en las memorias de las recurrentes capturas ilegales perpetuadas por el Estado, “por el solo hecho de ser comunista, de defender la clase explotada y excluida, (...) por ser revolucionaria y ser diferente, por pensar en las soluciones políticas de un país (...)”. Sus recuerdos ilustran las formas en que se ha ejercido el poder a través del dominio del cuerpo, un dominio cruel y desgarrador.

Es ahí, donde se resquebraja la voz y cuesta volver palabra la experiencia, la mirada de la Cienfuegos se mantiene fuerte como la de su homónimo militante “*el comandante del pueblo cubano*” de los años 50; sus lágrimas pausan la conversa y es difícil hilar las líneas de esos dolorosos recuerdos que acompañaron la revolución y que desgarraron la vida:

Como mujer, como mujer me hicieron mucho daño psicológicamente, porque estaba indefensa. Cuando abusaban de mí, estaba esposada, nunca les veía la cara, y me decían cosas muy feas (...) Eran tres tipos con guantes, se reían, fumaban cigarrillo, me ponían un cámara al frente y me filmaban y me decían que lo hacían para que se me quitara la fiebre de revolucionaria, para que viviera y para que contara y le dijera a mi comandante que le habían hecho a su princesita. (Castro, 2014)

La cosificación de las mujeres, la implacable violencia de género, las nefastas consecuencias de una sociedad patriarcal se extenderían hasta las más recónditas trincheras; su papel de revolucionarias, combatientes y militantes, se intentaba desdibujar por la acción violenta que pretendía aniquilar su feminidad y herir su humanidad.

Las mujeres son consideradas como un “botín” de guerra, que luego de su captura se constituyen en un objeto apropiable, disponible y aprovechable. A la par sus cuerpos son campos, territorios en los que se extiende la batalla librada contra el enemigo, cuerpos sobre los que a través de acciones crueles, se aniquila al contrincante. (Centro de Memoria, 2017, Pág. 94)

Ese testimonio, evoca de nuevo, con el impacto de un asombro ya perdido, aquella paradoja que masacró Las Bananeras, que encendió Orión y que exterminó a la Unión Patriótica, la misma que escondió a los hijos de las Madres de Soacha, que confundió a estudiantes con terroristas o que juzgo como narcotraficantes a campesinos cocalleros, una paradoja vigente, una contradicción que aún cuesta comprender: la de un Estado social de Derecho que asesina y que tortura.

las leyes son manejadas al antojo del que tiene el poder, (...) la tortura no está en los libros, existe y existe en todos los rincones de Colombia y más al interior del Estado, porque a mí nunca me violó un compañero y jamás me ha ultrajado un compañero de las FARC, como si lo hizo el Estado. (Cienfuegos, 2014)

La guerra también hizo que se acumularan dolores y cansancios en el cuerpo. La exigencia de la vida combativa -igual para hombres que para mujeres-, de cierta manera, propiciaba la postergación de aflicciones físicas y requería de constante fortaleza. Victoria, asume con firmeza su andar por la guerra, pero también es consciente que su cuerpo “hoy le pasa factura”, que las múltiples heridas, fracturas y golpes en medio del conflicto armado, se vienen a sentir cuando ya han pasado algunos años. Hoy, cuando los fúsiles se silencian, desde el espacio íntimo de las Farianas, los cuerpos empiezan también a hablar.

El cuerpo de Clarita, -mujer Fariana- combatiente por más de 15 años, ahora, también puede darse el tiempo para hablar de los dolores sentidos. Coincidiendo en el Centro de Memoria, en una juntanza nacional de mujeres por la paz; en la que Clarita después de mucho tiempo puede hablar y apreciar las intervenciones artísticas de otras mujeres, -tal vez con menos miedo-, nos resulta espontáneo un abrazo y compartir un simple café, algo que habría sido una odisea clandestina y un peligro inminente hace pocos meses. Justo en ese café, recuerda una historia que hacía mucho no contaba, sobre su cuerpo, sobre sus dolores:

Yo no sé si de verdad sería la comida, pero me acuerdo que tuve que salir un tiempo de esos lados, porque estaba muy enferma, y en ese tiempo eso estaba muy caliente, tanto, que me tuvieron que dejar sola en el hospital; me operaron, eso fue terrible, me dolía tanto la herida, pero creo que era más el miedo de que en cualquier momento llegaran por mí, como estaba de clandestina, me daba miedo que avisaran. (C. Zetkin, Comunicación personal, 01 de Junio de 2018)

Ese dolor era físico, -dice Clarita-, pero también del alma. Escuchándola, voy comprendiendo que la historia oficial, jamás habría permitido estos relatos, que en la

indolente “civil” y como espectadores de la guerra, jamás habríamos encontrado estas pequeñas historias que sólo se dan en las conversas desde lo íntimo, que huyen a las cifras y debates sobre reincorporación y reparación, y que en últimas, son las más dicientes y sinceras sobre las múltiples formas en que la guerra fue pasando por los cuerpos.

Mi hoy querida amiga, advierte mi cara de nostalgia, y cierra la historia con algo que para mí, fue un hermoso final:

Yo no sé quién, ni cómo le avisaron a mi familia, pero allá llegaron todos, imagínese, yo estaba muerta del susto cuando los vi entrar, después de 5 años de no verlos; sólo me imaginaba reproches y acusaciones. Pero me abrazaron, me dieron aliento, me llevaron para la casa, me cuidaron, fue en espacio en el que gracias a esa verraca enfermedad nos pudimos un poco reconciliar, bueno, ahí me recargue de energías y volví al monte, ya con las heridas del cuerpo y del corazón un poco cerradas. (C. Zetkin, Comunicación personal, 01 de Junio, 2018)

Ahora bien, el ejercicio directo y violento sobre el cuerpo femenino, no ha sido la única forma en que ha estado implícito el poder, para su ejercicio también se han dispuesto otras tecnologías más sutiles, se han configurado otros dominios a través de artefactos menos visibles.

Desde esta perspectiva, la represión, habría sido dotada de un papel exagerado y de una influencia sobrevalorada en relación con el funcionamiento del poder, pues este último no solo ejercería su dominio desde lo negativo, es decir, desde la violencia directa, desde la censura o exclusión, ya que si solo estuviera delineado por estos bordes sería demasiado frágil, pues “ si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo- esto comienza a saberse- y también a nivel del saber” (Foucault, 1979, p. 107). El saber-contemplado como un elemento no violento- sería entonces una producción del poder; de este modo, las disciplinas militares y escolares por ejemplo, habrían posibilitado la construcción de saberes sobre el cuerpo.

Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera nunca otra cosa que decir no, ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pasa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir. (Foucault, 1979, p. 182)

En esas formas sutiles que encarna el poder, en ese deseo que incorpora y en esos imaginarios que va moldeando, se configuran los bordes de la ya conocida proclama de “*los héroes en Colombia si existen*” y el elogio recurrente al “*héroe multimisión*”; figuras mediáticas que se han incrustado mediante discursos patrióticos nacionalistas, que a su vez encubren artificios otros para militarizar la vida; éstos, pasan también por la

convicción colectiva de la necesidad del joven soldado, por la aprobación y normalización de la sociedad acerca del servicio militar obligatorio, que en la experiencia de muchas madres, no sería más que parir hijos para la guerra.

Lo que Althusser (1989) nombraría como aparatos ideológicos del Estado, prefiguraría entonces, imágenes de los sujetos de acuerdo a las intencionalidades políticas y a las condiciones epocales. En la coyuntura histórica actual, así como se delinea el imaginario del héroe, se van creando también los trazos que caracterizan a sus opuestos; la imagen de las mujeres Farianas, cobra un papel relevante desde lo mediático, pues durante el conflicto armado y en el pos acuerdo, fue símbolo de la estigmatización, siendo minimizadas a “amantes” de los jefes guerrilleros, desconociendo los múltiples matices que traía consigo la imagen de mujer Fariana.

El enemigo siempre utiliza sus aparatos ideológicos en contra de las razones más justas, la decisión de una mujer como yo para tomar las armas con mi pueblo y para el pueblo no es para ser un objeto sexual en las filas. ¿Quién va a estar dispuesta a dejar una vida tranquila como la tenía yo, con mi estudio, con mi familia que me ama profundamente para irme a la vorágine de la guerra para ser la amante de un comandante? Eso no tiene razón. (Grajales, 2014)

En las palabras de Diana, resuena otra parte de la resistencia de las Farianas, en eso que ella concibe y nombra como sinrazón, se ancla otro punto de su lucha colectiva: la resistencia contra la minimización de sus figuras, contra la reducción de su papel en la guerra y de las implicaciones del mismo a nivel político, social, y sobre todo humano, también contra la información masiva y peligrosamente generalizada que replican los medios de comunicación, acerca de los motivos de vinculación al grupo.

Desde las narraciones de las Farianas y en general desde los arribos enunciados hasta aquí, se ponen de manifiesto las disimiles formas que adapta el Juvenicidio. Éste, se hace fácilmente perceptible desde literalidad del concepto mismo, es decir, desde la terminación de la condición biológica de los jóvenes, de las mujeres, desde su muerte sistemática, ya normalizada en Colombia. El Juvenicidio también se expresa en la muerte simbólica, efecto de las recurrentes estigmatizaciones y representaciones mediáticas; pasa por la imposición del servicio militar legal obligatorio, pero se diluye también en el exilio, en las huellas en la corporeidad producto de la conducción a la insurgencia y a la vía armada.

Cuando hablamos hoy de Juvenicidio, para muchos investigadores latinoamericanos, estamos hablando de todas las formas de atentar contra la vida digna, contra la vida “decente” de los jóvenes, mediante atentados a las posibilidades de empleo, en el plano económico, atentados a la participación, en el plano político, atentados a la correcta

representación mediática y señalamientos a través de formas simbólicas y, por supuesto, a la vida propiamente dicha” (Muñoz, 2015, pág. 35)

Desde esta perspectiva, se empiezan a movilizar comprensiones y a deconstruir paradigmas acerca de este “fenómeno”, puesto que hablar de Juvenicidio en América Latina, no es referirse a hechos aislados o crímenes cometidos en contra de jóvenes inmersos en contextos de vandalismo o grupos ilegales, sino a políticas sistemáticas y permanentes, cuya finalidad se hace evidente y se consagra en atentar contra la vida de los jóvenes en estos territorios, hechos que son fácilmente rastreables desde tiempos remotos. (Muñoz, 2015)

Estas múltiples formas que encarna el Juvenicidio en el marco de la guerra en Colombia, desbordan las explicaciones del poder sobre la vida, desde la Biopolítica en términos de Foucault. Las historias de vida de los guerreros y guerreras en el territorio y en general lo que cuentan las décadas de guerra interna en el país, no son más que paisajes de la necropolítica: la confluencia de fuerzas, de saberes y relaciones de poder que han empezado a gobernar la vida a través de la muerte misma.

Achille Mbembe (2011) nos daría las coordenadas epistémicas para situarnos desde allí e intentar comprender las formas en que mueren los jóvenes en Colombia y en Latinoamérica, eso que él nombraría como Necropolítica, para explicar el gobierno de la vida a través de la muerte, allí, primaría la mercantilización del cuerpo y la cosificación de lo humano, una reducción de las personas a un conjunto de fuerzas de producción que son fácilmente reemplazables, dinámicas propias de artilugios económicos e ideológicos que fundamentan el capitalismo. (Mbembe, 2011)

Situado en la barbarie que cuenta el mundo poscolonial Africano, Mbembe (2011), narraría la expresión última de la soberanía, eso que conocimos como Necropolítica, ésta “reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quien debe morir” (p.11).

Es así como el presente de Colombia, nos sigue mostrando cómo se justifican y se legitiman ciertas muertes, como se normaliza el despojo de lo humano en aquellos que efectivamente “lo merecen”; nos sigue mostrando también, una selección macabra de los seres que deben morir y los otros que pueden vivir, también las maneras de hacerlo. Las Farianas, transitarían por paisajes de la Necropolítica; en su condición de revolucionarias, de guerrilleras, de mujeres, de jóvenes, de campesinas, etc., no escaparían a esta lógica de ser las que merecen morir, y el valor de su existencia iría disminuyendo en

comparación con otras mujeres que no hubiesen combatido en la guerra, su muerte empezaría así, a doler menos.

Lo que nos mantuvo en pie de lucha: “La moral revolucionaria”

La necesidad de Camila, de Yira, de Lilianny, de Isabela, de Victoria, de Clarita, de Cristy, la polifonía que hace esta historia posible, nos recuerda que a la manera del trovador Cubano, es posible dejar de aferrarse al destino y entregar la divinidad a Dios, sin pretensiones heroicas, sin arrepentimientos, haciendo el camino, para decir con Silvio: “yo me muerdo como viví”.

La moral revolucionaria, es una constante dentro de las narraciones Farianas, este es un elemento que tal vez sólo comprenden a profundidad, quienes hicieron parte de la revolución armada, mujeres que se aferraron a esta, para no claudicar en la lucha. Esta moral es la bandera de las movilizaciones y persistencias, su amor por la revolución las mantuvo “en pie de lucha” en los años de guerra.

yo creo que a uno le pulsa el amor, ese amor por los demás, a uno lo impulsa también pensar en que no pueden seguir las cosas así, o sea que yo no puedo pasar mi vida como si no estuviera sucediendo nada mi alrededor, como si no hubiese injusticia, como si no hubiese hambre, eso me motiva, saber que hay una cantidad de pobrezas y miserias en esta sociedad, qué hay una cantidad de injusticias e inevitablemente eso afecta el corazón. Yo creo que tanto en la guerra como en la Paz hay que pensar precisamente en esas futuras generaciones, pensar en la vida digna para la gente, en el buen vivir, en unas en unas posibilidades de democracia en este país (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

Entre bromas Victoria Sandino, responde que lo que la mantuvo por tantos años en la lucha, desde distintos lugares, fue principalmente la vergüenza, pues al retornar a su territorio luego de haberse ido para la guerrilla, pondría en cuestión su valentía frente a la comunidad que ya la conocía:

El amor y el compromiso y un poquito de vergüenza, pues claro porque yo ya muy activa acá en Colombia, aquí en lo urbano y las comunidades, y de repente yo me voy, la gente se dio cuenta que yo me voy para la guerrilla, la gente que me conocía se dio cuenta que me había ido para allá y pues me tenía como una heroína, como una que valiente, imagínate que tal yo devolverme dónde queda la valentía? Así que un poquito de vergüenza, -yo siempre bromeo con eso de que la vergüenza me hizo mantenerme la guerrilla- pero realmente está vinculado a la moral; es decir, yo sí creo y creí siempre en este sueño de que podríamos construir una Colombia distinta, no pensé que siempre fuera por la guerra o bueno estamos buscando siempre que fuera una menos dolorosa, pero yo creo que fue la disposición sería de resistir y hasta el final salimos acá. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

Las Mujeres Farianas, también encontrarían en los versos denunciadores de la gran Mercedes Sosa, una utopía para moverse en avanzada contra la peligrosa indolencia colombiana; se unirían a las súplicas de la cantadora, para que el dolor, la guerra, lo

injusto, jamás dejara de atravesar y estremecer, y por el contrario fuera el detonante de la agitación de sus conciencias.

TRINCHERAS DE LA RESISTENCIA

Cuando nos pensamos en el acontecer de la vida juntos, en encontrarnos y re encontrarnos ahora desde el escenario de los acuerdos de paz, que se presentan ante nosotros como un asunto indescifrable, luego de habernos asumido y definido desde la guerra como un signo inefable de nuestra realidad, empiezan también a resonar otras incertidumbres sobre lo que significa existir bajo el símbolo de la paz (Pineda y Loaiza, 2018) Cuando se silenciaron los fusiles, empezaron a emerger nuevas voces que narraban la guerra; sus matices allí y los relatos que por décadas fueron invisibles, aunque desconocidos e impactantes, han ido a su vez, arrebatándole a la historia oficial, esas huellas de lo no contado.

En lo anterior, se inscribe la justificación del presente ejercicio de investigación. En el campo del desarrollo humano, como apuesta política del espacio académico en el que hoy confluyen estas acciones de pesquisa, en un país que sigue estando en deuda con la verdad y la memoria, en un territorio herido por la guerra y ante un discurso hegemónico de la misma, las posibilidades de resistencia seguirán siendo desde el tejido de la palabra, en el marco de la construcción de paz y del empoderamiento social; por ende, se legitima y se hace valioso generar otros ruidos contestatarios, a través de una acción constante de replicar esos otros testimonios silenciados, reconstruyendo la memoria desde las propias voces de las Farianas, narrando los horrores de la guerra, pero también contando las múltiples formas de resistencia.

Todas las mujeres resisten, independientemente si son revolucionarias o no. El debilitamiento, el agotamiento y hasta la decepción, son sentimientos que acuden a la realidad de las mujeres de manera permanente, pero esto no quita su fuerza constante. Con este enunciado, Victoria Sandino va levantando la voz que aclama que la resistencia y la fuerza hacen parte de la esencia de la condición femenina, la misma que acompaña a las Kurdas en Afrín, a las Zapatistas en México, a las Nasas en el Cauca, a las Farianas en toda Colombia.

Lo que sí sé, es que también somos muy fuertes, porque las mujeres están acostumbradas a luchar siempre, a luchar desde cualquier escenario, eso las hace muy fuertes. Eso nos hace resistir de distintas formas, así sean políticas, sociales, culturales (...) Nuestro mejor aprendizaje es la resistencia y como resistencia tenemos que seguir luchando por la emancipación definitiva de las mujeres en todas nuestras condiciones: sociales,

económicas y políticas también culturales étnicas raciales tenemos que seguir luchando para la emancipación definitiva. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

Hoy, un día después de la guerra, cuando el presente que nos convoca, permite crear nuevos escenarios y posibilidades de resistencia, las trincheras que acompañaron la lucha armada de las Farianas van mudando también, adquiriendo nuevas formas y matices. Desde los acuerdos de paz, leídos por muchos ya, como inevitablemente fallidos, las Farianas dibujarían, como el Poeta Roberto Juarroz, ventanas para desde allí ver distinto el mundo, rebelándose desde otros lugares, re-elaborando sus guiones de resistencia frente a este presente ante el cual se comparece.

En medio de toda esta convergencia de incertidumbres y certezas que nos trae esta promesa de paz, vamos siendo testigos de acciones inminentes de resistencia y de la posibilidad de empezar a gestar nuevas condiciones para existir. Así, un día después de la guerra, el empoderamiento deviene ahora de la palabra, de los afectos, del arte. Las Farianas resisten desde las trincheras de lo político, lo erótico y lo poético.

TRINCHERA POLÍTICA: Reinventándonos la piel, porque no fuimos un simple objeto sexual.

En el ejercicio de reconstruir la memoria del andar revolucionario de las Farianas, desde sus propias voces, es posible escuchar un lugar común en el relato, desde el cual convergen para defender el papel histórico que han gestado en la lucha política y para desdibujar esa figura reducida de objetos sexuales o víctimas, dentro de las que se les ha intentado encasillar; sus voces, resignifican la trayectoria como sujetos revolucionarios y van subvirtiendo los sentidos que hegemónicamente se han signado sobre su posición en las FARC.

Lo anterior, según los contrargumentos farianos, es parte de la insistente orquestada del enemigo para desvirtuar la lucha por medio de la propaganda negra, para lo cual recurren a testimonios de combatientes que han desertado y que presentan versiones falsas de la vida en las FARC y así, mostrándose como víctimas reproducen la idea de que la vinculación de las mujeres al movimiento, ha sido forzada y que dentro de las filas han tenido que padecer constantemente la explotación sexual. (Beltrán, 2015) Con los bombardeos mediáticos, desde la vida civil fuimos creando un cerco en las ideas que teníamos de las guerrilleras Farianas, fuimos reforzando un imaginario colectivo que dista de manera abismal de lo que ellas defienden sobre su esencia y de lo que realmente ha acompañado su vida revolucionaria.

Si nosotras en las FARC, siendo el 40%, todas enfusiladas hubiésemos tenido que padecer todas esas situaciones de violaciones, no seríamos el porcentaje que somos, porque yo, estando en una organización donde me violan, teniendo mi fusil, yo me vuelo o mató al abusador, que me voy a quedar ahí enfusilada y permitir que me hagan y me peguen. (...) Para nosotras es importante romper también con ese modelo patriarcal y demostrar que nosotras en las filas estuvimos siempre, que no somos un adorno y que ahora en La Paz también vamos a estar. (...) mientras estemos nosotras, el 40% de las mujeres que nos reincorporamos, vamos a poder dar fe de que lo que dicen unas pocas en los testimonios, no es tan así, pues yo creo que es esa es la tranquilidad que nos queda. (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

Isabela fue combatiente, pero también tuvo el mérito de ser secretaria política, teniendo responsabilidades en comunicaciones, y ya en los últimos años se dedicó al trabajo de organización que implica la interrelación con las comunidades y el constante contacto con el campesinado, también trabajo internamente en el proceso de Educación, dando cursos de comprensión de lectura a sus compañeros y compañeras y como mando en los últimos años, este último, un rango que desde el imaginario colectivo, era asumido únicamente por hombres. Después de la guerra, Isabela retorna a sus estudios de Licenciatura en Ciencias Sociales, hace parte de la subcomisión de género en la Habana, participando activamente en la delegación de paz, y se posiciona como candidata a la cámara de representantes por el partido FARC (Fuerza alternativa revolucionaria del común).

Clarita, también combatiente, en sus primeros años de militancia, se dedica al trabajo con Juntas de acción comunal, luego participa en labores de comunicación y organización de masas. Un día después de la guerra, puede trabajar desde el sector de comunicaciones del partido FARC, siendo creadora de la página web Farianas, cubriendo todos los eventos sobre mujeres y diversidad, en el marco de la implementación de los acuerdos en Bogotá. Clarita, cambio el fusil por la cámara, y se atrinchera hoy en la pasión que le genera hacer fotografías y videos, dibujando con la luz, escribiendo y reescribiendo el mundo con luces y sombras, como no lo enseñaba el fotógrafo Sebastião Salgado.

Victoria Sandino, también se ha destacado por sus labores frente al tema de comunicaciones y educación, lidero la subcomisión de género en los diálogos de La Habana y hoy es parte del Consejo político Nacional de las FARC y senadora de la república por este mismo partido. Lilianny, quién desempeñaba funciones en el comité internacional, y fue defensora de los derechos de presas políticas, hoy, además de ser una madre profundamente amorosa, lidera distintos proyectos, entre estos, algunos enfocados en la reconstrucción de la memoria Fariana a nivel nacional. Cristy, por su parte, desata su práctica revolucionaria, no solo mediante su maternidad insurrecta, sino en la

participación en procesos ligados a las infancias diversas y a la atención psicosocial para excombatientes.

Bajo el panorama anterior, es posible enunciar que el despliegue de la subjetividad hacia lo político, permitiría la relación con el mundo desde la construcción de nuevas posibilidades de existencia. La palabra que deviene de ésta expansión, empieza a encontrar arraigo en el lugar de lo público, y allí, desde el *Ágora*, se va tornando como elemento mediador en éste campo en el que prima la razón y la utilidad. En la ampliación de la experiencia, también estarían implícitas movilizaciones pacifistas, en tanto deconstrucciones de mundos definidos por la violencia que se asumen como irrupción frente a prácticas hegemónicas, ocultamientos y colonizaciones de las formas de vivir y habitar. (Loaiza, 2016)

Un día después de la guerra, las voces de las Farianas empezaron a ser escuchadas en el *Ágora*, en el escenario de lo público; el pos acuerdo, permitiría la resonancia de ésta polifonía insurgente, y el ruido de sus palabras se empezaría a hacer cada vez más fuerte, disputándole así, el relato a una larga historia casi enmudecida, en la que una sola voz narraba. Sus enunciados le siguen apostando a la construcción de paz ahora desde lo político, y desde allí también se ampliaría los territorios de saber y de poder, mostrando con esta ampliación que no fueron un simple objeto sexual o bélico.

El *Ágora*, con la palabra y la razón que lo fundamentan, toma fuerza en los diálogos de la Habana, con la participación histórica de las mujeres de las FARC-EP en la construcción de los acuerdos. Las Farianas resaltan que a diferencia de otros procesos entre gobierno y grupos subversivos, el firmado en el 2016 tuvo la notable contribución de las mujeres para que éste tuviera un enfoque de género transversal, mediante la conformación de la subcomisión de género.

Y también ganarse el espacio, no como un comodín, obviamente a mí no me pusieron como eso porque pues teníamos los méritos, igual a cada una de la muchachas que estuvieron en la mesa o que estuvieron en la delegación, no era que fueran un comodín para tener mujeres, sino porque cada una tenía su propio mérito para estar allá en la negociación(...) Pues nos lanzamos con el tema del enfoque de género, que eso fue iniciativa propia de las mujeres insurgentes y nos metimos allí hasta el fondo y aprendimos cuando Tal vez muchos pensaban que no sabíamos nada pero pues aprendemos a nadar. Y luego ya cuando logramos lo del enfoque logramos el acuerdo pues me toca el tema de la comisión de implementación y ahora viene una labor en el congreso pues vamos como la misma dimensión no es un trabajo individual sino es un trabajo muy colectivo al que le tengo un poco más de confianza. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

El feminismo como apuesta política y ética para leer desde allí el mundo y actuar en el mismo, es un elemento fundante del pensamiento y de la práctica de la mujer Fariana; sin duda, sus relatos están atravesados por éste, y su revolución no solamente es anticapitalista, basada en la lucha de clases y enfocada en una conquista socialista, su disputa, es también contundentemente antipatriarcal, en disidencia a la dominación del hombre, la violencia de género, la coerción de sus libertades y la naturalización de roles históricamente impuestos; una apuesta que también deconstruye los paradigmas sexistas y los marcos heteronormativos que se imponen para anular la diversidades sexuales, de género, las nuevas masculinidades, como ellas recurrentemente lo proclaman.

Isabela, siente que en las filas tuvieron una organización avanzada con respecto al asunto de género, aunque aclara que esto no significaba que no hubiese existido machismo dentro de las FARC-EP, pero que esto obedecía al obvio reflejo de la sociedad patriarcal, que se imbricaba en las prácticas de algunos hombres y mujeres que iban ingresando a la organización, con el atenuante de que la mayoría provenían del campo y las mismas dinámicas de dicho sector, reforzaban la violencia, dependencia y opresión contra la mujer, elementos sociales y culturales que inevitablemente en algunos casos se trasladaban a la vida en los campamentos.

Al igual que Isabela, las demás Farianas que plasman aquí su voz, coinciden en que las FARC-EP dentro de su línea político-militar, contaban con adelantos significativos en relación a la sociedad civil a propósito del reconocimiento de derechos de las mujeres. Las tareas y los roles siempre fueron compartidos entre hombres y mujeres y nunca hubo distinción de funciones por razones de género, sin restringir por ejemplo a las mujeres a la “rancharía” o al arreglo del campamento, labores que desde el imaginario androcéntrico le estarían designadas a ellas. Los testimonios de las Farianas, resaltan también que en la guerrilla contaron con toda la plenitud para desarrollarse política, militar e ideológicamente, lo que a su vez se reflejaba en las prácticas internas y cotidianas, basadas en el respeto por la integridad de las mujeres.

Allí se decretaba realmente la ruptura de los roles establecidos para hombres y para mujeres y entonces cómo éramos iguales, los hombres tenían que cocinar y las mujeres también, los hombres tenían que cargar y las mujeres también, los hombres cargaban un fusil, nosotras también, los hombres iban al combate y las mujeres también. Eso fue un avance revolucionario al interior de las FARC. Muchas mujeres feministas y un poco socialdemócratas dicen que eso era propio de la guerra y yo les respondo: no, no es propio de la guerra; no en todas las guerras las mujeres cumplen esa labor en condiciones de igualdad con los hombres, eso pudo ser la condición muestra de revolucionarios y revolucionarias pero también la exigencia de muchas mujeres porque tuviéramos un papel

protagónico al interior de la organización tuviéramos un reconocimiento explícito al interior de la organización. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

Cuando se planteó el tema del feminismo en la Habana, el primer ejercicio que se empezó a realizar, fue el de explicar y recordar que todo lo que se proponía en términos teóricos para los acuerdos de paz, no era otra cosa distinta a recoger y reconocer todo lo que guerrilleros y guerrilleras habían sido durante el conflicto armado. La apuesta principal desde la subcomisión, fue la reivindicación de las mujeres oprimidas desde distintas esferas, y aunque con decepción afirman que la implementación de lo acordado al respecto del enfoque de género no se está cumpliendo por parte del gobierno, reconocen este proceso desde sus inicios como una experiencia de vida inolvidable que a la vez se convirtió en un puente para encontrarse y re encontrarse no sólo con sus compañeras de las FARC, sino también con mujeres campesinas, afro, víctimas, estudiantes, representantes de ONG y poner en un lugar común los distintos anhelos que las atravesaban, así, lo narran las Farianas.

cuando ya empiezo a leer sobre toda la comisión de género, pues también empiezo a entender algunos temas de tipo teórico y ahí a compararlo con la práctica que traemos, me doy cuenta que realmente nosotros éramos feministas, no teníamos como el conocimiento teórico tan claro pero poco a poco en este proceso, nos fuimos preparando y yo creo que ahora esto del feminismo fariano está dejando inclusive elementos muy interesantes para el quehacer de las mujeres no solamente en aras de la lucha por los derechos de las mujeres desde el feminismo burgués y de acciones afirmativas concretas sino como un concepto, como una forma de ver el mundo donde las mujeres del pueblo no solamente se emancipen frente al yugo patriarcal si no se emancipen también frente al yugo del capital. (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

Otras historias de maternidades insurrectas y combativas

Las montañas que caminaron los combatientes de las FARC, no solo guardan historias de resistencia y rebelión, esconden también memorias con disimiles pliegues y aristas en torno a la maternidad y a las distintas maneras en que esta fue asumida y comprendida por las Farianas durante el conflicto armado.

A lo largo de la historia de las FARC, la maternidad se fue convirtiendo en uno de los puntos de quiebre desde el cual se amparaba la degradación y descredito por parte del gobierno y de la sociedad civil. Hoy, un día después de la guerra, estos relatos pueden ser reelaborados y resignificados por quienes realmente fueron atravesadas por esta experiencia. Por otra parte, también sería posible leer el fin del conflicto armado, como una posibilidad de re-existencia desde la maternidad, pues las mujeres Farianas lejos del estruendo del combate, pueden ahora concebir a sus hijos, al fin y al cabo en medio de la desolación y desesperanza que acechan a Colombia, la maternidad también se vuelve

combatiente, pero esta, como ellas mismas lo recalcan siempre debe ser una opción libre y no es la única posibilidad de ser, de estar y de militar en el mundo como mujer.

Las voces Farianas, hoy pueden contar que las inclemencias de la guerra y los compromisos con la causa revolucionaria, conllevaban a que se asumiera no ser madre, pues dar vida era antagónico a militar entre la muerte, “la bomba y la metralla no preguntan si hay niños en el perímetro”, enuncian ellas. La maternidad y la milicia, resultaban entonces asuntos irreconciliables para muchas Farianas:

(...) habiendo hecho conmigo misma el compromiso moral de no embarazarme – pues mi elección de la vida guerrillera no me parece compatible con la maternidad, ya que, de tener hijos, no concebiría estar lejos de ellos y no estoy lista para renunciar a la lucha (Mistral, 2015)

Natalie Mistral, una joven guerrillera, rompe con las formas hegemónicas en que se ha comprendido la maternidad y abre posibilidades enormes para entender este acto; sus palabras evocan no solo una decisión militante individual, sino que nos permiten escuchar la polifonía de las Farianas, recuerdos de mujeres que decidieron postergar o descartar la maternidad, porque era un asunto en contravía de las inclemencias de la guerra.

Todas estas historias no han hecho más que reforzar mi profunda convicción que no se puede conciliar felizmente las armas con la maternidad. Optar por la revolución es un acto de amor que acarrea sacrificios; uno de ellos es la posibilidad de ser madre. No porque lo dice nuestro reglamento, sino porque así es la guerra (Mistral, 2015)

Isabela, Clarita y muchas de las Farianas concuerdan en que la existencia como mujeres no está limitada necesariamente a ser madres; esta convicción estaba arraigada a sus apuestas ético-políticas antes de ingresar a la insurgencia, así que para ellas, las FARC se convirtió en un espacio que no sólo reconoció y respetó su decisión, sino que legítimo y promulgo el derecho a decidir sobre el cuerpo, como primer territorio de poder. La guerra, paradójicamente, les permitió aferrarse a su idea de la maternidad, desde la óptica de la revolución, y fortalecerla para continuar con esta en el presente.

Se pueden decir muchas cosas de nosotras, de la interrupción del embarazo y nosotras siempre vamos a defender el derecho y la posición de nosotras para decidir. (...) nosotras decíamos cuando queríamos tener hijos y si no los queríamos tener, interrumpíamos el embarazo, porque estábamos en la guerra, estábamos en condiciones tan difíciles. Nosotras planificábamos porque considerábamos que como mujeres y como revolucionarias estamos aportando desde otras esferas y no nos reconocíamos en ese momento como madres, o sea no necesariamente para ser mujer hay que ser madre. (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

En medio de estos relatos de guerra y maternidad, se arraigan los gritos de otras mujeres Farianas, prisioneras políticas que han tenido que enfrentar otro vejamen más en su lucha;

cuando en la mitad de los barrotes, parir fue el acto libertario más contundente, el que más las aferraba a la vida y a su utopía de continuar. Desde el Patio de Reclusión de Mujeres, en la Cárcel Las Mercedes de Montería- Córdoba, Lida Urrego lanza sus últimos cartuchos contra la injusticia, a través de lo que el encierro no ha podido quebrantar: su palabra.

Con el papel como fúsil, Lida ahora reclama el cumplimiento de lo acordado en la Habana para acceder a la Justicia especial y poder ser trasladada a las Zonas veredales junto con su hija, ésta se encuentra a pocos meses de cumplir 3 años, tiempo máximo estipulado por el INPEC para que las reclusas conserven a sus hijos/as en prisión. Lida, con la voz más rebelde que nunca, reconoce lo mucho que ya le han quitado y exige que no le arrebaten la presencia de su hija, aquella que percibe como su amiga, su más fiel camarada, su aliento para soportar la prisión y su fuerza para seguir en la lucha revolucionaria por una Colombia más justa.

A los relatos de Lida, se unen otras historias de muchas de las presas políticas con las que Lilianny Obando se encontró en la cárcel, ahora el lugar común de su palabra es el despojo de sus hijos, las ficciones creadas los domingos de visita para hacer comprender de la manera menos dolorosa su situación, la larga lucha de estas madres que es algo invisible hoy.

Lo que enuncian algunas Farianas, va delineando imágenes que se funden a la vez con otros bocetos de maternidades desgarradas y de hijos arrebatados por la guerra, con la tragedia encarnada en Antígona. Vuelven así, los retratos de las madres de Soacha y de la Plaza de Mayo en Argentina, las memorias de Käthe Kollwitz puestas en grabados. Agonías convertidas en teatro, en música y en rituales inagotables, duelos hechos poesía y pintura, allí donde las definiciones se agotan y cuesta narrar la experiencia, eso que Piedad Bonnet -otra madre herida- de la manera más bella y poética nos permitiría leer como *“lo que no tiene nombre”*.

Las Farianas resaltan que el fenómeno de la maternidad después de la firma de los acuerdos, es un asunto que se debe leer con más cuidado, pues no hay una verdad única o una manera homogénea en que esta es comprendida y asumida; con todos los bemoles de la discusión, concuerdan desde su apuesta feminista, en que la maternidad siempre debe ser una decisión libre que devenga de la conciencia de las mujeres. Dentro de los retos que hoy se trazan, esta precisamente la reflexión y el continuo empoderamiento alrededor del cuerpo y la maternidad, pues como ellas mencionan, no se puede salir de

una guerra tan prolongada y de una lucha tan ardua para seguir cumpliendo con los mismos roles asignados en la sociedad patriarcal. Reconocen que se debe seguir trabajando en la elevación de conciencia que les permita ampliar sus horizontes de sentido y seguirse configurando como sujetos políticos y revolucionarios.

(...) que eso se pierda ahora en la vuelta a la vida civil para que tú te dediques ahora sí a ser esposa y madre pues es lo que no queremos, no queremos que pase y esperamos que lo que han acumulado estas mujeres nuestras dentro de la guerrilla, les permita tomar esa decisión y decir sí yo soy madre pero soy militante, pero soy sujeta política y voy a continuar y no voy a permitir que lo que yo avance en la superación de esa vida patriarcal, así no hubiéramos tenido los conceptos en la cabeza, no se pierda; que lo hacíamos en la práctica, pero quizá no sabíamos que eso se llamaba de x o y forma, se había avanzado, entonces no queremos que haya ese retroceso especialmente con nuestras mujeres. (L. Obando, comunicación personal, 10 de abril de 2018)

Victoria, Isabela, Lilianny, Clarita, Cristy, y las demás mujeres Farianas que me fui encontrando en el camino y que ahora pueden contar esta guerra que también habla de ausencias, de sus compañeras que ya no están, se atrincheran hoy en la palabra. Los enunciados de las Farianas ya no están encerrados en comunicados clandestinos, la fuerza de su discurso político, feminista y de clase, se hace visible en los diálogos de la Habana, en las campañas políticas, sus palabras siguen cobrando fuerza combativa en las arengas de la Plaza de Bolívar un Primero de mayo, de las múltiples movilizaciones en las calles, en los conversatorios sobre género en Universidades, en los círculos de palabras con otras mujeres que también cuentan la guerra, en una concurrida Feria del Libro, en el trabajo organizativo urbano y rural, en las marchas por la diversidad sexual y de género, o simplemente en las conversas entre camaradas, ahora lejos de la montaña, ahora desde la Ciudad de la Furia.

TRINCHERA ERÓTICA: “La guerra me arrebató los afectos... y también me los entregó”

Y también he hecho amigos de los que nadie habla en canciones de amor, porque no es el amor quien enlaza los labios con los ojos sedosos que añoran el ausente por la alegría cuyo lazo se suelta, sino la herida de la guerra, con alambres y estacas es ella quien enlaza con un verdaje usado en la correa de un fusil. He hallado la belleza en esos juramentos que el coraje confirma.

He oído música en el estruendo del combate. Y he hallado paz donde las bombas escupían fuego.

Wilfred Owen

Los guerrilleros y guerrilleras muertos en combate, fueron concebidos en tiempos de guerra, simplemente como cuerpos caídos, antes desprovistos de su condición de humanidad, traducidos en cifras que mostrarían la eficacia del brazo armado del Estado,

el poder del Leviatán para controlar a través de la muerte. Mientras la Necropolítica no cesaba y por el contrario, se expandía en todo el territorio, las Farianas sentían la muerte de sus compañeros y compañeras, la guerra las seguía despojando de la mayor puerta de la que nos hablaba el poeta Benedetti: la del afecto.

Yo creo que a todos la guerra nos arrebató muchos afectos, mucho amor por la gente, gente que se quedó a mitad del camino, entre nosotros se quedó, eso fue lo que más me dolió de la guerra, no eran las marchas, ni siquiera la bomba, eran las vida que se perdían tras la bomba o tras los tiros, eso creo que fue lo más duro en la guerra. Eso me arrebató. (V. Sandino, comunicación personal, 15 de Abril de 2018)

Este tiempo en que nos situamos, permite socavar en nuestros pasados proscritos, ahondar en esas memorias del dolor, de la pérdida, del despojo y del desarraigo, que ante la historia oficial de nuestra “guerra” no ha generado eco alguno, porque mientras muchos hablaban y otros tantos escuchaban sobre cifras de abatidos, a pocos les interesó conversar sobre esos afectos arrebatados. Victoria, logra estremecer cuando habla de cómo le ha visto el rostro a la guerra. Le vio el rostro cuando asesinaron a su hermana, tras dos años de haber ingresado a las filas, Clarita, también le vio el rostro a la guerra, cuando tuvo que enterrar a tres de sus “socios” -como llama a los compañeros sentimentales- y a uno de sus más queridos comandantes. Lilianny, por su parte, dibuja el rostro de la guerra, cuando recuerda que tenía que despedirse de su hija cada domingo, en los patios de la Buen Pastor, Cristy cuando sintió por pérdida a la suya en el Meta, luego de haber tenido que huir del lugar por hostigamientos del ejército.

Cuando cuesta pensar en lo realmente reparable, en aquellas heridas que en realidad se pueden sanar porque han fisurado lugares recónditos del alma, eso que se torna imposible de recuperar, llegan los recuerdos de los compañeros que se han ido, las memorias de la guerra arrebatando el amor. Isabela nos sumerge en un viaje a las llanuras del Yari, y desde allí, en las nostalgias de lo sucedido, desde donde se hace un poco más factible comprender la hostilidad de la guerra, desde esas cosas que las Farianas llevan en el corazón -como dice Isabela-.

“yo tenía una relación con él de 2 años una relación muy bonita y él muere en un asalto a un campamento (...) yo estoy en la parte baja de la montaña en algún oficio y llega el ejército, rodea y los primeros tiros son para él (...) a él lo matan y yo salgo del campamento, intenté devolverme pero no pude porque estaban disparando y salgo con mis compañeros, realmente re confirmo que es él como a los 15 días que ya sale en la prensa (Isabela Sanroque, 2018)

La guerra también se apodero del *Cronos*, la guerra les arrebataría a las Farianas el tiempo con los suyos, con sus familias, con sus compañeros y compañeras, con sus amigos, esto

converge dentro del lugar común de sus relatos alrededor de lo irreparable. Las narrativas de Clarita e Isabela coinciden en que aunque los años lejos de sus madres son tiempos que no tienen retorno, hoy por lo menos, estas concilian el sueño, sin la constante incertidumbre de que a sus hijas las van a bombardear.

Esa humanidad que aparece tan adormecida en tiempos de paz, emergería con fuerza allí, en ese espacio de intimidad, en aquel *Oikos*, donde las bombas nunca dejaron de escupir fuego. Los versos del poeta Owen, nos recordarían que en medio del estruendo del combate, sería posible hallar los más profundos y sinceros afectos, convergiendo con “otros” que se convertían en camaradas, en familia, en colectivo, con ellos, se le iba robando tiempo a la muerte cuando ésta se dibujaba en el horizonte tan inevitable, con ellos, era posible aferrarse al disfrute de ese instante presente y efímero, como única posibilidad de resistencia, arraigándose a la vida desde lo erótico, desde la comparecencia atravesada por el afecto.

yo creo que el ingreso a la guerrilla para mí, se resume en la palabra dignidad, porque cuando yo llegué a las filas de la FARC me encontré con una familia, donde por ejemplo como mujer yo pude hacer muchas cosas que estoy convencida que por fuera, en la civil yo no habría podido hacer, pero además porque ahí también encontré un objetivo y un propósito de vida muy grande: es mi vida para el colectivo y eso llena hasta espiritualmente, si se puede decir (I. Sanroque, comunicación personal, 02 de Mayo de 2018)

En las relaciones determinadas por la erótica, son posibles los encuentros con el otro en los que el cuerpo puede aparecer desnudo frente a los demás, aquí se habita desde el lugar del presente y se acontece en la pasión; desde este punto, la expansión ya no se remite a lo público, a la Polis, sino que se da en el espacio íntimo, en el *Oikos* (Loaiza, 2016).

Desde esta perspectiva “el erotismo equivale a afirmar la vida incluso después de la muerte” (Bataille en Loaiza, 2016) Y es en esta concepción de vida que se entiende la continuidad del ser y allí, la idea de muerte como confirmación de la vida. En lo político y en el lugar de lo público, primaba la razón, el conocimiento y la utilidad mediada por la palabra, aquí, en lo íntimo, en el *Oikos*, son desplazados por el goce y desborde de lo existente en el presente, luego de que aquel evento erótico conlleve a lo desconocido. Conocimiento y razón, desplazados por el gusto y desborde de lo existente, frente a las ausencias de la seguridad brindada por la razón.

Hoy, un día después de la guerra, las Farianas retornan al *Oikos*, al lugar de lo erótico, resisten desde el amor, desde la sororidad entre ellas, en la cual se atrincheran para soportar la indolencia de la sociedad civil. Jaime Bateman, decía que a los

revolucionarios, nos habían robado los afectos del pueblo, pese a esto, hoy las Farianas regresan para intentar rescatar eso que les fue hurtado. Hoy, un día después de la guerra, los seres que de ella hicieron parte, simplemente están allí, expuestos al amor, a ese lugar de lo íntimo desde el cual sé es libre para amar sin que ronde la muerte a cada instante. No habría entonces argumento más humano para apoyar el fin del conflicto armado e impulsar la paz -imperfecta siempre- sino este, la libertad de amar, sin las balas y sin las bombas como música de fondo. Un día después de la guerra, lo que parecía perdido retorna, se hacen posibles los abrazos familiares, los encuentros con los viejos y ausentes, con los amigos de infancia, un día después de la guerra ya hay tiempo para amar, para atrincherarse en ese sentimiento que nos hace humanos y desde allí re-existir y resistir a los vestigios de la guerra.

TRINCHERA POÉTICA: Paisajes estéticos insurrectos

La poética permite ficcionar la realidad, de aquí, emanan la construcción de alternativas “otras” a través de las cuales se va reinventando el mundo; la poética aparece como un horizonte en el que la utopía es una posibilidad, es el puente entre las pasiones presentes en lo erótico, en el lugar del *Oikos* y las razones que priman en la política, desde la *Polis*. Siguiendo la idea de Loaiza (2016) “la paz poética se ubica en el lugar del *útopos*, del (no) lugar donde la perspectiva es la estética como punto de inflexión del acontecimiento pacifista” p. 130

Hoy, “un día después de la guerra”, las estéticas insurrectas que se manifestaban en distintas expresiones artísticas en la clandestinidad, empiezan a desplegarse en otros escenarios; el arte fariano, perseguido históricamente porque también hacía parte de la “rebelión”, se abre ante el mundo, para mostrarnos como este, les permitió resistir en medio del conflicto armado, y que aún en el presente, sigue siendo una de sus más contundentes armas para existir a pesar de las complejas tensiones del pos acuerdo.

Debido a las supuestas pruebas en su contra halladas en la operación Fénix, Lilianny es capturada delante de su hija de 5 años y su hijo de 13, pasarían más de 4 años para que se reencontraran en un lugar distinto a la cárcel. El carácter y la voz de Lilianny son fuertes, sus palabras y su postura política son contundentes y la leo siempre inquebrantable, pero cuando habla de las primeras visitas de su hija a la cárcel es imposible sentir que se desmorona por dentro, la niña aún no comprendía bien lo que sucedía y las primeras despedidas fueron muy crueles porque yo siempre le conté la realidad, -narra Lilianny-, mientras sus demás compañeras optaban por contar a sus hijos otras historias; tal como

lo hacía Guido con el pequeño Giosuè en el film la vida es bella, preferían decir que estaban en una escuela, en una fábrica o en juego.

Liliany, cuenta como hizo de su celda “una oficina de derechos humanos”, se esforzó en trabajar en pro del empoderamiento de estas mujeres, aún en este hostil y arbitrario paisaje del horror, enseñó a las reclusas a hacer tutelas, derechos de petición y demás recursos legales, se propuso hacer memoria desde el encierro, recolecto todos los relatos e historias de sus compañeras y en un acto de insurrección poética, pese a todas las opresiones de la Buen Pastor, se propuso poner esto en el papel. Hoy, un día después de la guerra, aquellos papeles se escapan de las cárceles, fisuran los barrotes, para denunciar la situación indignante de los presos políticos.

Los viejos relatos de aquellas juntanzas femeninas, se han transformado en la impactante obra de teatro “Fuga de Voces”. Liliany, después de la guerra, y ahora desde su libertad, elabora los libretos para esta apuesta estética que cuenta las situaciones de las mujeres en prisión, las arbitrariedades, el hacinamiento, el despojo de la maternidad, las injusticias, esto también se convierte en la elaboración de su guion de resistencia en este tiempo, desde allí, se permite las utopías que se habían escapado bajo su constante persecución en pasados de desolación.

Los dibujos de Inty Maleywa, por su parte, como uno de los múltiples ejemplos, también empezaron a ficcionar la realidad de un país marcado por la violencia, su obra insiste en la recuperación de memorias olvidadas y en la reinención del mundo; la apuesta estética que se nos empieza a develar construye nuevas realidades y nuevos horizontes de sentidos. Los acuerdos de paz, nos ubicarían frente a esos paisajes insurrectos de rebeldía y empoderamiento femenino, que hoy podemos escuchar, ver y sentir en la música, la poesía, los dibujos y las piezas audiovisuales, que nos muestran las Farianas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Althusser, L. (1989) *Ideología y aparatos Ideológicos del Estado (notas para una investigación) en La filosofía como arma de la revolución*. México. Siglo XXI.

Beltrán, M. (2015) *Las Farc-Ep. (1950- 2015) Luchas de ira y esperanza*. Bogotá. Ediciones Desde Abajo.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *La Guerra inscrita en el cuerpo Informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado*. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/informes-2017/la-guerra-inscrita-en-el-cuerpo>.

Foucault, M. (1979) *Microfísicas del Poder*, Madrid. Ediciones de la Piqueta

Foucault, M. (2002). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Kahlo, V., Gilbert, C., Pascual, C. (Productores) y Kahlo, V. (Director). (2014) *Rosas y Fusiles [Documental]*. Colombia: Escuela de Cuadros.

Loaiza, J. (2016). *Niños, Niñas y Jóvenes Constructores-as de Paz. Una experiencia de paz imperfecta desde la potenciación de subjetividades políticas* (Tesis doctoral). Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud alianza de la Universidad de Manizales y el CINDE, Manizales, Colombia.

Loaiza, J. y Pineda, J. (2018) “La comprensión de las subjetividades política, poética y erótica de jóvenes Colombianos”: *Cartografías Performativas de las Re-existencias Juveniles en Colombia*.

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina.

Muñoz, G. (2015) *Entrevista: Conflicto armado en Colombia y sus consecuencias en niños y jóvenes*. Revista *Desidades*

Schnapp, A. La imagen de los jóvenes en la ciudad griega, En: Levi, G. y Schmitt, J.C. (1996) *Historia de los jóvenes*. Vol. I. Madrid. Taurus.